

lidad? ¿dónde puede estar? Puede estar en que en ella haya dos *amores*, porque si por afecto y amor en la caricia, si por el afecto y el amor *expresado por la caricia* mientan ustedes el amor en el sentido estrictamente sexual del término, que en adelante llamaré casi siempre sencillamente *el amor sexual*, en obsequio a la brevedad, si mientan ustedes esto, me parece que ustedes — permítanme decírselo — andan errados... *Una caricia exclusivamente sexual no es una caricia: es exclusivamente una palpación sexual*. La prueba incontrovertible es doble: consiste, *primero*, en la existencia de caricias en casos donde *no puede darse el amor sexual*; y *segundo*, en que aún en el caso del amor sexual y de las caricias insertas en él, estas caricias *no son expresión del amor sexual, son en el amor sexual algo no sexual*.- Veámoslo. Primero. Si entre quien acaricia para expresar y provocar amor y la persona acariciada puede haber amor sexual, *en otros casos no hay, ni siquiera cabe este amor*: tal es el caso de quien acaricia para *expresar amor* a un ser por quien no es normal que tenga amor sexual, ni que tienda a provocarlo en él, o a una *cosa* por la que *no es posible* que lo tenga, ni siquiera que piense provocar en ella *ninguno*, así, la madre que acaricia a su hijo, o la per-

sona que acaricia a su animal, o el escritor que acaricia su manuscrito, como con intuición certera un actor, mexicano si ya no recuerdo mal, en *Juan Gabriel Borwman*; tales son los casos de quienes acarician para *calmar* o para *consolar, aún tratándose de amantes en el sentido sexual del término*: en el amante que acaricia al amante para consolarle de un dolor sobrevenido, para calmarle una preocupación, una inquietud, una excitación, hay como una suspensión del amor en el sentido sexual, dentro de la cual se inserta una intención de amor en otro sentido. El amor que mueve la mano en la caricia no es el amor sexual, sino otro amor. Es cierto que un pansexualismo como el freudiano encuentra un complejo de amor sexual en la caricia materna, viene a acusar de "bestialidad" a quien acaricia a un animal y denuncia como sospechoso de erotismo anal al escritor que acaricia su manuscrito, en suma, pretende pescar el escurridizo pez del amor sexual en los fondos límpidos de la caricia de aguas más transparentes, pero no puedo ponerme a discutir aquí el pansexualismo freudiano, ni en verdad lo reputo necesario. Prosigo. El amor que mueve la mano en la caricia no es el amor sexual, sino otro. Pues bien, así es, y con esto paso a la segunda parte de la prueba, no sólo en las caricias que se

presentan desde el primer momento como no sexuales, caricias al hijo, al animal, al manuscrito, caricias para calmar, para consolar, aún tratándose de amantes en el sentido sexual, sino incluso en las caricias para *implorar* o *provocar* amor *sexual* y en las caricias que los amantes en sentido sexual se prodigan para *expresarse* amor y hasta para procurarse *placer*. Un análisis de la intervención de la caricia en el amor sexual, en busca del sentido de esta intervención, lo probaría superabundantemente, concluyentemente. Debemos admitir que el amor sexual va tan derecho a su término como todos los dispositivos teleológicos de la naturaleza entre los cuales se cuenta. Es el espectáculo que nos presenta el amor entre los animales: el amor entre los animales nos presenta frecuentemente un espectáculo de sensible e impresionante *nobleza* — de donde la idea de su valor *pedagógico* — porque en él no hay realmente, propiamente requilorios, complicaciones, morosidades. En el amor sexual entre seres humanos, por el contrario, se insertan en la trayectoria hacia su término natural, que es el común al *amor* de todos los seres bisexuados de la naturaleza, toda suerte de complicaciones — *toda*, porque se insertan hasta complicaciones tendientes a hacer que no llegue,

precisamente, a su término natural. Entre las complicaciones y requilorios morosos que se insertan en la trayectoria del amor sexual entre seres humanos figuran indisputablemente las caricias. Estas no pertenecen, pues, al orden, todo derecho hacia su término, del amor sexual; son una interpolación de oriundez exclusivamente, propiamente humana. Cuando un ser humano es avasallado por el amor sexual, estrictamente, va tan derecho como un animal hacia la natural pareja, y todo es tan simple y tan rápido como entre animales — si se trata del varón; si se trata de la mujer, la organización social no *solía* permitirle portarse tan decididamente como un puro animal. Por lo mismo, es posible que el varón que tenga un sentido primordialmente — no se diga exclusivamente — sexual del amor y de la mujer como objeto de él, deba ser contado entre los *tipos* poco o nada acariciadores que veremos, o a la inversa, que entre estos tipos debemos contar el de varones que tengan tal sentido del amor y de la mujer. Todo esto parece sabido por la suma potencia, también de sabiduría, que se haya actuado hasta ahora sobre la Tierra: la Iglesia. Su ética la enseña, y por ende puede estudiarse en ella, singularmente en su literatura de teología moral, para guía de los confesores. Pues

bien, la ética de la Iglesia en materia sexual aparece toda ella encrespada por la concepción de lo sexual como un *mal* disculpable sólo dentro de los límites mínimos en que es *naturalmente* indispensable. De donde, en el ejercicio del amor sexual, que debe reducirse al cumplimiento del débito de su estado entre cónyuges, la pugna por limitar las caricias a lo estrictamente indispensable, por decirlo así. Es difícil comprender esto de otro modo que suponiendo que la Iglesia no ve en la caricia algo perteneciente al orden *natural* del amor, sino algo *humano* y *pecaminoso*. Y en efecto, ni siquiera el varón es avasallado por el amor sexual, exclusivamente. Y entonces, por intenso que sea el amor sexual que impulse a los amantes, e incluso precisamente cuanto más intenso sea, intercalan intermedios e intermediarios *superfluos*, se demoran en complicaciones deliciosas, de origen, por tanto, no estrictamente, o nada, sexual, sino derivadas de otras potencias del ser humano. Y así, los amantes que se acarician antes de consumir, y de consumir, su amor sexual, se obsequian con ofrendas extrasexuales, supra-sexuales, paradójicamente *sobrehumanas* incluso, *angélicas*, *divinas*, capaces de sobrevivir, reiterándose, inmortales, sobre la consunción y consumición del amor sexual.

¿No es el frecuente gesto de despedida final, irrevocable, entre amantes, precisamente una caricia? Es el caso demostrativamente *crucial*: no se dirá que ella es animada aún de amor sexual, y sin embargo, tampoco será siempre, tampoco es en la mayoría de los casos falaz; luego, la anima otro amor. Es innegable que si lo *esencial* de la caricia y por tanto lo *común* a toda caricia es un amor distinto del sexual, *este otro amor ha de encontrarse también por lo menos en el fondo de las caricias insertas en el amor sexual*. Así, llegamos a la inversión de los términos: *lejos de haber en toda caricia amor sexual, lejos de ser la caricia en general una expresión del amor sexual, las caricias son, en el amor sexual, un ingrediente extra o suprasexual*. En lugar de ser la caricia lo *sexual* en lo *no sexual*, es lo *no sexual* en lo *sexual*: tal es la proposición que presentaría como central y capital de una filosofía de la caricia. Por otras vías sabemos de la existencia, no sólo de un amor más, sino de más amores que el estrictamente sexual: si por esas otras vías no lo supiésemos, la caricia bastaría para revelar y probar la existencia de otro amor y enardecer a explorarlo, porque, ya, ¿cuál es, este otro amor?

Habíamos juzgado conveniente empezar por acometer directamente el tema de *lo expresado*

por la caricia: es lo que acabamos de hacer. Pero habíamos juzgado así en vista de que todas las notas, presuposiciones, implicaciones y requerimientos o requisitos de la *expresión* de acariciar tenían un significado o un sentido y que éste era *lo expresado* por la expresión. Este es el punto de volver, pues, al significado o sentido de las repetidas notas, etc. Con ello vamos a precisar lo que por precisar falta aún en *lo expresado* por la caricia.

Todas las repetidas notas, etc., se reducen por su significado o sentido a dos, que están en una relación que se puede llamar *dialéctica*. Ante todo, reparamos en que no es posible acariciar propiamente con los dedos extendidos hacia atrás y consecuentemente tensa, dura la palma de la mano. Esta postura se nos presenta como una postura *forzada, violenta, antinatural* de la mano. Lo que nos hace advertir el doble y recíproco hecho de que la postura natural de la mano es una postura de predisposición favorable para la caricia y de que en la caricia hay un ingrediente de *naturalidad espontánea*. Empujando un poco las cosas: la mano, hecha por la caricia, en el sentido que ya vimos, está hecha para la caricia, *tiende* a la caricia y *se tiende* para acariciar, pero este *tender* y *tenderse* es

sumamente distinto de la generalidad de los tenderes y tenderses: si no de *dirección* opuesta, sí de opuesto *sentido*. De *dirección*, no: la *dirección* es, en éste como en todos, *hacia el objeto*. Y *hacia el objeto lo más posible*. Es lo que muestra, en primer término, la *lentitud* del acariciar. En otras ocasiones he desarrollado el tema de la función y trascendencia de la lentitud en la vida humana. En esta ocasión puedo sólo apuntar lo decisivo: en la vida humana, en las operaciones y actividades en que vivir humanamente consiste, *la fugacidad acarrea la superficialidad, la duración es condición de la profundidad*: sólo porque va durando, va ahondando, v. gr., la pasión; ahora bien, la *lentitud* es a su vez la condición de la *duración*, como la *rapidez* la causa de la *fugacidad*. En la caricia, la lentitud es la condición y la causa efectiva de una determinada profundidad. El hecho de tenerse que subrayar muy expresamente que una caricia es *fría* resultó significativo de que la caricia es *de suyo cálida*. Pues, también existe el hecho de tenerse que subrayar muy expresamente que una caricia es *superficial*. ¿No ha de ser igualmente significativo de que la caricia es *de suyo profunda*? La caricia es roce de superficies — superficialmente, sólo. A lo largo de las superficies, *ahonda*. Pero,

puesto que no *aprieta*, no ahonda *materialmente*. ¿De qué ahondamiento, de qué profundidad se trata entonces? Se habla tradicional y corrientemente de sentimientos, de ideas, de impulsos superficiales y profundos. Lo psíquico y lo espiritual es inextenso. Luego, se trata de expresiones figuradas. Pero de expresiones figuradas con hondo fundamento y sumo sentido. El amor sexual y el amor de que es expresión la caricia *se viven* comparativamente como *más superficial* el uno, por intenso y arrebatado que sea, o quizá cuanto más intenso y arrebatado tanto más superficial; como *más profundo* el otro, sobre todo cuando las caricias y él mismo tienen toda su plenitud. Cuando se siente el amor sexual profundo, es que en él está injerido el otro. El amor de que es expresión la caricia es, pues, un amor que se distingue del sexual por la profundidad. Por una profundidad que puede vivirse incluso como *in-finita*. Pero, repito: ¿de qué profundidad se trata? ¿De qué profundidad puede tratarse? Quizá nos lo responda el hecho de que se acaricia con la parte interior de los dedos y con la palma de la mano dispuestos en una concavidad que se adapta a una superficie convexa. La concavidad, el interior de la mano es el lado de la mano con que la mano *coge*. Sin embargo,

la mano que acaricia *no coge*. Mas bien, *acoge*, acoge el objeto acariciado, no sólo su superficie. ¿En que? ¿En la *interioridad material* de su concavidad? Pero no hay ninguna verdadera *interioridad material*. Las cosas materiales no tienen un verdadero *interior*, ni una verdadera individualidad. Las partes interiores de una piedra pueden ponerse al exterior rompiendo la piedra, y los fragmentos son otras tantas piedras, simplemente menores: las partes interiores de un ser vivo no pueden ponerse al exterior, aunque no se llegue a romper el ser, sin peligro para su vida misma, y si hubiese fragmentación, los fragmentos no serían otros tantos seres vivos, ni siquiera menores. El interior de la piedra, de lo material es *indiferente a su exteriorización*: no es, pues, un verdadero *interior*; el interior del ser vivo *no es indiferente a su exteriorización*: es un verdadero interior. Un verdadero interior empieza con la *vida*. Con la vida empieza una verdadera *diferenciación* entre un exterior y un interior. La verdadera interioridad es un atributo de la vida. Y este atributo es correlativo de la verdadera individualidad, que es otro atributo de la vida, y por ende también empieza con ella. Tampoco hay ninguna verdadera *intimidad psíquica*. La psique es *interior*, pero no *íntima*. La psique tiene la *inte-*

rioridad de la *individualidad*, pero no la intimidad—de la *personalidad*. Estas últimas son privativas de algo para denominar lo cual se viene tradicionalmente usando la palabra *espíritu*. Los animales tienen psique, interior e individualidad, pero no intimidad, personalidad ni espíritu, que son otras tantas exclusivas del hombre. En las respectivas manos pueden leerse ya estas opuestas constituciones. El alzarse del suelo definitivamente y el ser más frecuentemente, constantemente *cóncava*, *interior*, están en correlación. Sólo hay, pues, *interioridad psíquica* e *intimidad personal* y *espiritual*. Por su parte, la palabra *intimidad* tiene dos acepciones: unas veces designa la intimidad de *una* persona; otras veces se extiende a la intimidad entre *dos* personas, pero sólo entre *dos personas*. Decir, por ejemplo, que dos animales son *íntimos* es una expresión que les ha sorprendido a ustedes, porque propiamente no tiene sentido. Es paladina la relación entre ambas acepciones: entre dos personas no puede haber intimidad, si ésta no es la de las respectivas intimidades. Por eso no puede haber intimidad entre animales: porque los animales no tienen intimidad en la primera acepción. Pues bien, la mano dispuesta cóncavamente, al acariciar, no *coge*, *acoge*. Pero no *acoge* simplemente en la con-

cavidad *material* del hueco de la mano. *No podría hacerlo*. Porque *coger* es un movimiento *material*, pero *acoger* no lo es. Se *coge* simplemente con la mano, pero no se puede *acoger simplemente* con la mano. Se *acoge con la mano*, porque se *acoge* con el corazón, con el alma, con el espíritu, en rigor, exclusivamente con éste último. La mano que acaricia *acoge* el objeto acariciado en algo más, por tanto, que en la *interioridad psíquica* del individuo cuya es la mano: la mano que acaricia *acoge* el objeto acariciado en la *intimidad personal*, espiritual de la persona cuya es la mano. La caricia es intimidad entre personas como tales. “*Íntimas* caricias” son *todas* las caricias. El “*íntimas*” es aquí inequívocamente un epíteto, pleonásticamente expresivo como todos. El ahondamiento, la profundidad de que se trata en la caricia no es, pues, ningún ahondamiento, ni ninguna profundidad *material*: es el ahondamiento y la profundidad de esta *intimidad* personal y espiritual. Se habla de *compenetración* justamente cuando no se trata de ninguna *penetración material*. La caricia requiere, *crea* un ámbito, un recinto de intimidad. La índole y extensión de esta intimidad, a su vez, empieza a revelarla la esencial *suavidad* del acariciar, a la que deben contribuir la de la mano acariciadora y la de

la superficie acariciada y las condiciones de una y otra que las garantizan. El amor sexual tiende a la posesión, a la unión *carnal* y la logra. La *carne* es la *carne viva*, la carne *animada* por el *alma animal*. La unión carnal es, pues, *a una, identificación psíquica*. Si en el amor sexual entre seres humanos parece haber más, hay sin duda más, es porque en los seres humanos se injiere en el amor sexual el amor de que es expresión la caricia y acaso hasta otros amores. La suavidad de la caricia, su no apretar, su contentarse con deslizarse, con pasar fugazmente, responde a una indisimulable, inequívoca renuncia a la posesión, a la unión carnal, y por lo mismo hasta a la identificación psíquica (el acariciar no es fenómeno de contagio afectivo, ni puede ser fenómeno de masas); responde a un indisimulable, inequívoco desinterés, dominio de sí, *contención* en sí, *continencia*, una continencia, incluso, *que va más allá del contenerse sexual*. Parece menester subrayar expresamente que una caricia es *púdica*. Ello parecería denunciar que *toda* caricia es impúdica, que la caricia es *de suyo impúdica*. Sin embargo, que las caricias insertas en el amor sexual sean impúdicas no parece poder levantar ninguna objeción, pero que las caricias que se presentan como patentemente asexuales sean impú-

dicas suscita inmediatamente la resistencia a admitirlo. ¿En qué podría estar lo impúdico de estas caricias? Pues bien, podría estar—en lo mismo que toda impudicia. Toda impudicia estriba en un desnudar o desvestir algo que está cubierto o encubierto, en eliminar algo que está dentro del *limen*, en pasar, en *transgredir* límites o pasar de lo limitado a lo ilimitado, de lo finito a lo infinito. *Toda ilimitación, toda infinitud es impúdica*, si no es una infinitud *primigenia*. Pero desvestir lo vestido, descubrir lo cubierto, eliminar lo que está dentro del *limen*, transgredir límites es algo que no se hace sin una resistencia de lo vestido y cubierto, del *limen* o los límites, ni un esfuerzo para vencerla. La impudicia entraña el *pudor*. En toda caricia hay intimidad de intimidades, evasión de la intimidad propia, invasión de la intimidad ajena, en el seno de la intimidad común. En toda caricia hay paso, transgresión de límites—en un amor de una profundidad infinita. En toda caricia hay impudicia, porque en toda caricia hay pudor, algún pudor, no solamente por excepción en *algunas* de las caricias insertas en el amor sexual, sino en *toda* caricia, desde la inserta en el amor sexual que pueda pasar por más impúdica hasta la más asexual y en que por ser tal, más superfluo pueda parecer

que haya ningún pudor. En toda caricia hay algún pudor — y alguna *vacilación y oscilación*, algún *temor y temblor*, y *por ambas partes*. No por habitualmente inadvertido todo ello, más afectivamente ausente nada de ello. En toda caricia hay, en suma, un movimiento de tendencia hacia el objeto y de retracción desde él, de *entrega y reserva*, material y espiritualmente. Es el movimiento que expresa, con la mayor fidelidad, la *repetición*, la *insistencia* a que tiende toda caricia. La repetición, la insistencia, con su demorarse, con su morosidad, contribuye al ahondamiento, al *intimar*, y traduce lo vacilante, insinuante, oscilante, reiterativo de todo tremular, de toda timidez, de todo pudor.

Mano acariciadora y superficie acariciada habían de tener un cierto grado intermedio entre la sequedad y la humedad y habían de estar tibias, de ser tibias. Es que la caricia es relación esencialmente *inter vivos*. Toda frialdad repele la caricia. La frialdad de la muerte, cual ninguna. Por eso se ha de estar en trance de *par-oxismo* o *para-sismo* de amor para acariciar un cadáver. Por eso es un acierto genial del poeta la imagen "cadáveres de caricias". ¿Para qué acariciar el cadáver? ¿Para calmarle? ¿Para consolarle? ¿Para implorar de él? Antes se acariciaría implorante

a quien pudiera devolverle la vida. ¿Para provocar su amor? ¿Para expresárselo? Sí, pero en nada como la normal repugnancia a expresar con la caricia a un cadáver el amor que no murió con la persona, se revela más convincentemente que la caricia está hecha para el *viviente vivo*. Por lo mismo, no se acaricia normalmente ni siquiera lo enfermo que ha perdido la lisura y blandura, la suavidad, que se ha vuelto purulento, costroso, que se ha puesto rígido, que está ya muerto o en inminencia de estarlo. Ni se tolera normalmente la caricia de mano en semejantes condiciones. Se dirá que *toda* expresión es relación *inter vivos*, pero ya lo veremos, ya lo veremos. Por lo demás, la tibieza de la caricia era un calor *comunal*, común a la mano acariciadora y a la superficie acariciada. Mano y superficie han de tener cada una su calor, han de estar, han de ser, cada una, tibia. Pero en la adaptación mutua de la caricia las tibiezas se *efunden* también mutuamente y se *funden* en una. La unión carnal y la identificación psíquica se inician en el contacto y la apretura, henchidos de gruesa materialidad todavía; se intensifican en el covibrar al unísono, que es un movimiento ya muy desmaterializado; pero tienen ápice en la fusión de la temperatura, de la *temperatura*, que es algo



que está ya en los límites de lo material; sólo que en la unión carnal y la indentificación psíquica la temperatura de fusión es alta; la materia requiere altas temperaturas para fundirse. En la caricia, la intimidad espiritual se inicia también con el contacto, pero ya un contacto sin apretura; la materialidad inicial es ya mínima; se intensifica en el temblor del temor púdico a la impudicia del ahondamiento infinito, que ya no es nada material; y, por fin, también ella alcanza su ápice en la fusión de las tibiezas, *de las TIBIEZAS*: en la intimidad espiritual, la temperatura de fusión es baja: el espíritu se funde ya a temperaturas medias, porque es inmaterial, de suyo fluído, volátil, cálido, *fevoroso*.

Mas ¿quiénes son los vivientes vivos, esencialmente entre los cuales es relación la caricia?

3ª

## LA CARICIA

*(Continuación)*